EL CABRERO POETA

Primer artículo sobre M. H. Lo firma Federico Martínez Corbalán y apareció en *Estampa,* en 1931.

El muchacho—tiene veinte años—llega azorado y encogido. No es para menos. Lo que este joven moreno, de frente despejada y facciones enérgicas, tiene que decir es algo grave. Aun teniendo sus años, el lanzar el sustantivo que a él le bulle en el pensamiento encoge el ánimo. Acaso dentro de unos años—cuatro, cinco—lo proclame a voces por cafés y salas de redacción; luego, si es verdad, no será necesario que lo diga; lo dirán por él. Lo difícil es decirlo ahora, cuando todavía no lo sabe nadie más que él, cuando puede—¡ay, Dios!—estar equivocado. Por todo esto, que confusamente sabe o intuye, Miguel Hernández se presenta azorado y encogido.

Nosotros le estamos mirando con simpatía, y como vemos asomar por el bolsillo de la americana unas cuartillas, alargamos, sonriendo, la mano para que nos las entregue.

El muchacho tiene un momento de vacilación.

—Yo...

—Ya, ya comprendo. Usted trae una informacioncita. Y ahora siente cortedad. ¿No es eso?

—No. Precisamente eso, no. Yo... En fin; yo soy poeta.

Esta sencilla, esta inesperada y bella palabra nos ha llenado de perplejidad. Porque no estamos preparados para enfrentarnos, así, sin más ni más, con un poeta. Claro que a él, al poeta, le ocurre lo mismo; se encuentra en idénticas circunstancias, y, además—esto debe de ser atroz—, tiene que confesar su lírica condición. Miguel Hernández se ha puesto en pie, ha sacado las cuartillas del bolsillo y nos las pone delante resueltamente.

Cuando un joven de veinte años alarga así sus primeras cuartillas, hay que tomarlas y leerlas.

Pues no están mal los versos. Y por si en este joven hay un poeta de verdad, inquirimos detalles de su vida.

—Mi padre—dice—es pastor de cabras en Orihuela, y lo mismo fuí yo desde los catorce años. Antes fuí a la escuela, donde aprendí a leer y escribir. Lo primero que leí fueron novelas de Luis del Val y Pérez Escrich. También he leído el *Quijote.*

Le alentamos con la atención. No queremos preguntar nada para que él diga todo lo que tiene tan pensado, tan escogido. Toda su verdad interior.

—Miró es el escritor que más me gusta y el que acaso haya influído más en mí.

¡Miró! El maravilloso poeta de la mirada serena y la prosa de filigrana, de volumen, de carne, de luz y sol y viento.

Esta admiración por el gran escritor levantino aún capta más nuestra simpatía.

—He leído a Góngora, Rubén Darío, Gabriel y Galán, Machado y Juan Ramón Jiménez. El que más me gusta es Juan Ramón.

Los primeros versos los escribió a los dieciséis años y pudo publicarlos en revistas de Orihuela. Está en Madrid desde diciembre. Y ha venido a luchar.

Sólo por sus admiraciones—Miró y Juan Ramón—se le puede juzgar con toda cordialidad. Pero es que, además, el joven Miguel Hernández es despierto, rima con gran facilidad y apunta un fino sentido lírico, que si logra cultivarse ha de dar a su tierra levantina motivos de satisfacción y orgullo:

Yo sé mirar hacia el hondo safir
donde una lumbre se pone a temblar,
y sé pensar y llorar y sentir...
pero no sé ni escribir ni explicar.

Este es el hombre. Tiene lo que no se compra; le falta lo que se puede adquirir. Porque sinceramente creemos que puede ser, le asomamos a nuestras páginas con la esperanza de que el Ayuntamiento de Orihuela o la Diputación alicantina le tiendan la mano, le ayuden a estudiar, a prepararse para "ser".

F. M. C.

